

### 14 - ESMERALDA – LA MERCENARIA LIBRE

—¿Hola? Señorita Esmeralda, despierte, por favor, el Conde solicita su presencia.

—¿A estas horas? Joder, con lo a gusto que estaba durmiendo...

—Ya voy... —Le respondo sin ganas.

—Dese prisa, por favor, no conviene hacer esperar al Conde. —Me dice este mayordomo que parece que está siempre asustado.

—Que sí, me cambio y salgo. —Qué ganas de incordiar.

Llevo aquí casi una semana, esperando a mi “compañero” para este encargo, que la verdad, no sé para que recurren a un tío cuya jurisdicción, por así decirlo está a unas tres semanas de aquí, pero bueno. Mira que yo llegué tarde, pues debería haber tardado más. No me he aburrido más desde que era niña y me pasaba todo el día encerrada en casa, sí, me han atendido bien y he comido todo lo que he querido, pero me aburro. Es que ni siquiera me han dicho aun de qué va el encargo, ni siquiera he visto al susodicho Conde, decía que hasta que no estuviéramos los dos no se molestaría en atendernos. Jodidos caprichitos, si me hubiera dicho de qué va la cosa ya estaría terminada y habría cobrado más. En fin. Me levanto de la cama, que otra cosa no, pero lo de dormir a pierna suelta en esta cama lo he disfrutado, y empiezo a vestirme. Primero los pantalones de cuero tachonado cortos, los dos cinturones para colgar mi machete de hoja curva del tamaño de mi espalda, con el mango a mi izquierda, mi mano buena, encima del pandero, y los dos zurroneos para el dinero y algo de comida, luego una bota de vino con agua y luego los calcetines hasta las rodillas, sobre ellos las botas de piel de ciervo hasta más allá de las rodillas, muy cómodas y suaves, y por encima las grebas y los escarpes para los pies y la parte inferior de las piernas, hasta la rodilla, con relieves que parecen enredaderas, igual que el que tiene mi brazal izquierdo, todos marrones, como mis manoplas con los dedos al aire, en mi brazo derecho llevo una protección brazo-escudo, una ristra de planchas de acero con forma de V desde la muñeca, donde la punta me llega hasta casi los dedos hasta el codal, que es una V invertida que destaca sobre el resto, y del codal hasta la hombrera otra ristra de planchas iguales que las del antebrazo, y la hombrera de cuero blando con forma de cara de una mujer, y el pelo de la mujer me cubre hasta el cuello y toda la articulación del hombro, las láminas están pintada de marrón, para que no desentonen con la parte de cuero ni con mi tersa piel morena, hay que tener estilo, por supuesto. En el pecho llevo un chaleco de escamas de dragón blanco del norte, y debajo me dejo la camiseta de tirantes negra con la que duermo. El chaleco me queda un poco corto, justo hasta el cinturón, es un poco molesto que con un poco de movimiento se me suba, pero bueno, así presumo de abdominales, no es por fardar, pero estoy hecha un toro, no como esas que parecen hombres sin polla de la Moneda Verde, yo tengo toda la musculatura bien marcada, pero sin dejar de ser femenina, conservo bien mi figura de avispa y tengo este par de melones que la Madre me concedió, y bien firmes que están. El chaleco me viene algo apretado por eso, así que lo dejo abierto por la altura de los pechos y de paso presumo. En el cuello me pongo un pañuelo, no sé de qué es ni me importa, es negro y suave como la seda, y dentro llevo oculto una ristra de láminas de cuero grueso, el cuello es siempre una parte muy vulnerable, así que lo llevo protegido sin que parezca protegido. Y en mi gran cabeza de pelo plateado no muy lago me pongo mi pañuelo pirata negro, dejando el símbolo que tiene en mi frente, como hacía él. Un símbolo muy raro, es como una corona de espinas, pero en el centro como dos guadañas entrecruzadas dejando en el centro lo que parece el ojo de un gato o un

reptil, el símbolo es blanco sobre negro. Está solo en la parte de lo que es la frente, ni por los lados ni por arriba.

Salgo de la habitación de invitados que bien podía ser la casa de cualquiera lejos de estas ciudades tan ridículamente enormes, y sigo a esta especie de mayordomo, que debe tener por lo menos setenta tacos, no le da la gana de decirme como se llama, si el nombre de su señor, es Conde y punto, no sé, lo mismo ese es su nombre, pero no creo que haya padre con tan poca imaginación. Seguimos por los pasillos de esa enorme casa, lejos de la fachada, creo que quieren tener las menos habladurías posibles, aunque con lo marujas que son las sirvientas y esa vaca a dos patas de la cocinera ya deben saber mi talla de sujetador medio Picoalto. No sé qué les dio a los constructores hace siglos aquí en el norte para construir tanta fortaleza en mitad de las montañas, entrar en Rostaña es una odisea, pero al menos ahí puedes ir subiendo poco a poco desde los caminos que hay por la Cicatriz, aquí no, tienes que llegar al pie de la montaña Picoalto, a mitad de la Cicatriz y el Gran Azul, y subir como una cabra hasta la mitad de la montaña donde empieza la civilización, sí, tiene sus caminos y tal, pero con la nieve que hay como si no existieran, no sé cómo hacen para que aquí haga tanto calorcito.

Sigo andando por todos esos pasillos de piedra blanca, aquí todo es blanco, será para hacer juego con la nieve, hasta que llego a unas grandes puertas rojas, es la primera vez que estoy aquí, entro pero solo hay unos cuantos guardias con armadura entre las columnas, sé que hay gente dentro porque he oído estornudar a uno, sino las habría tomado por armaduras decorativas, y... joder, lo que me faltaba por ver, al fondo de la gran sala, con alfombras rojas con bordes amarillos hay... bueno, no sé si eso tiene nombre siquiera, es como una especie de pirámide donde cada escalón va con su parte de alfombra roja y amarilla sin dejar un hueco siquiera para la piedra, y en el pico un enorme asiento individual de oro, con muchos cojines, vamos, la cosa más hortera y petulante que he visto en mi vida, ¿es para ver al resto como si fuera un Dios? Eso parece el palco de una ópera, que yo sepa ni los reyes hacen eso, nunca he estado con uno, pero por lo que dicen, ni ellos se ponen tan alto para recibir a nadie, ni siquiera a los plebeyos que van con sus quejas.

—¿Y dónde está el señor Conde? —Le pregunto con pocas esperanzas al mayordomo.

—Llegará en cuando se presente su compañero. —Me dice el mayordomo, asumo que me lo dice a mí, porque lo único que mira es el suelo.

O sea, que me toca esperar, esta vez no entre almohadones calentitos, sino aquí de pie.

—¿Me vas a decir ya quién es? —Le pregunto ya más por pasar el rato que por otra cosa.

—¿Quién, señorita? —Ya estamos otra vez con los ataques de senilidad.

—El otro mercenario que va a trabajar conmigo, ya sabe, el que acaba de decir que es mi compañero.

—Aaaah, no, no sé cómo se llama, lo siento. —Dice y creo que espera una reprimenda, casi me da un poco de lástima.

—¿Y tú? ¿Sabes quién es el otro? —Le pregunto a uno de los guardias, pero ni se inmuta, ni él ni ninguno.

Ya resignada me pongo a dar vueltas para matar el rato, el mayordomo se va y me deja aquí sola, no sé si es que se ha olvidado que estaba aquí, no me parece normal dejar a una invitada sola, pero bueno. Sigo dando vueltas cuando oigo que alguien me chista, es el guardia al que le he preguntado antes, que me hace señas con la mano de que vaya hacia él, lo mismo hay suerte.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

---

—Perdona que no te hablara antes, se supone que no podemos hablar con los invitados. Y disculpa al señor Monblan, el pobre hombre tiene ya mal de memoria, está muy mayor. —Dice disculpándose.

Así que por eso no me ha dicho ni su nombre, y puede que por eso no me haya dicho el del Conde, ahora me siento mal por haber pensado mal de él.

—No pasa nada, pero ¿tú sabes cómo se llama el otro al que han llamado? —Le pregunto con más esperanzas que antes, yo me he hecho un nombre por el noroeste, lo mismo este tío también es famoso y sé algo de él.

—No, no lo sé, pero creo que no lo sabe nadie.

—¿Cómo dices? —Pregunto extrañada.

—Es que en cada sitio lo llaman de una manera, creo que no le dice a nadie su nombre ni ninguno inventado, cada cual le llama como quiere. Va siempre de negro y lleva una espada muy grande que se estira, o eso dice la gente.

—Aaaah, ahora caigo, sí que sé algo de él.

—Y ahora, si me disculpa, debo seguir en silencio.

—Claro, claro, gracias por la ayuda.

Vaya si he oído hablar de él, o ella, a saber, y saben los dioses que será verdad y qué no. He oído de todo, que es un fantasma, un muerto que se niega a ir al otro mundo, un caballero exiliado de cuatro reinos distintos, según donde estés fue exiliado de un reino u otro, que si mató a un dragón, vaya tontería, que si es un estafador y si no le pagas lo que dice te mata y te roba. Hay un rumor en el norte de una familia adinerada que no quiso pagarle lo que pedía y que mató a toda la familia y se quedó con todos sus bienes. En otros lados dicen que es un héroe, que salvó unos pueblos de demonios, que echó a los álfar de sus dominios en el norte y se vieron obligados a vivir en los bosques. Mil cosas que a saber cual es verdad, o si alguna es verdad, lo mismo se las va inventando él mismo, no puedo saberlo, nadie conoce su cara, así que podría ser él quien dice los rumores y los expande, solo tiene que quitársela y vestirse como una persona normal y ya está. Además, eso de la espada que se estira lo dicen en varios sitios, no sé cómo puede ser verdad, pero es una de las pocas cosas que podría buscarle una explicación.

Mientras llega o no llega, me da tiempo a contar cuantos pasos tiene la sala, cuantas ventanas, cuántos soldados, cuantos troncos tiene la chimenea, dentro y fuera, y no sé qué más. Cuando empiezo a plantearme en serio lo de volver a mi habitación yo misma escucho como se abren unas puertas que están en la otra punta de la sala, de frente al trono hortera, yo he entrado por una lateral. Y ahí está él, abriendo las grandes puertas con los dos brazos, y un hombrecito a su lado que pasa y le inclina una y otra vez la cabeza y no para de frotarse las manos. Él parece ignorarlo, cierra la puerta y viene hacia aquí. Hay que reconocerlo, el tío impone, es alto y se ve cachas, y es verdad lo que dicen, va todo de negro, y hostias, su capa y capucha junto a la máscara, y que vaya todo de negro parece una versión opuesta a los Caballeros de la Orden, jajaja, ¡me encanta! Además, se ve que está curradito, tiene los bordes de la capa destrozados, parece una túnica muy gastada, y se le ven algunos cortes en las piernas, en los brazos no lo sé, van bajo la capa, en la cadera lleva dos espadas y en el muslo derecho un látigo, y me parece que lo que tiene sobre el hombro derecho es el mango de la espada esa que dicen que se estira. Me da buenas vibraciones. Ahora solo espero que no sea un borde o un chungo como parece decir a gritos sus pintas. Pero eso se averigua rápido. Me acerco a él y le tiendo la mano izquierda.

—Hola, soy Esmeralda, y parece que tu compañera en este encargo. —Un primer buen contacto siempre es imprescindible, así que le muestro la mejor de mis sonrisas.

—Encantado. —Me responde con tono formal mientras me devuelve el apretón— ¿La Loba de Plata? —Me pregunta arqueando la cabeza. Y yo me echo a reír.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

---

—La misma, da gusto que te conozcan desde tan lejos. —Mira, me ha caído bien— Pero llámame Esmeralda, ¿y cómo debería llamarte yo a ti?

—Como prefieras. Yo no tengo nombre. —Me dice con el mismo tono.

—Vaya, eso sí que es raro, todo el mundo tiene, ¿cómo es que tú no? —Le pregunto echándole una sonrisa juguetona, e inclinándome para mostrarle el canalillo. Los encantos de una mujer pueden sacar más información que el torturador más sádico.

—Eso es secreto. —Me dice riendo, no una risa burlona, me parece una risa sincera, como la que le echas a un amigo al que hace tiempo que no ves. ¿Significa eso que le he caído bien?

Me deja y avanza hacia el cutre-trono, me da un poco de rabia que haya pasado así de mí después de la extraordinaria vista que le he ofrecido, pero por esta vez se lo pasaré por alto, seguramente es tímido.

—Si buscas al Conde aun no ha venido, se supone que no vendría hasta que estuviéramos los dos. Habrá que ir a avisarle.

—Ya ha ido el señor Mosca mientras nos presentábamos.

—¿Mosca? ¿El tipo que venía contigo? No jodas, ¿de verdad se llama Mosca? —Le pregunto perpleja.

—Es el nombre que le he puesto, por el motivo que sea, se ha negado a decirme su nombre.

¿No le ha dicho su nombre? El viejo Monblan tampoco me lo dijo, según el caballero es por su enfermedad de la memoria, pero ¿y si no lo dijera aposta y el guardia se ha confundido y ha dicho algo que no debía? Luego tendré que hablar con mi nuevo compañero. Que por cierto, ¿qué nombre le pongo? Nunca he sido buena con eso de poner nombres.

Esperamos durante un rato en silencio, hasta que se abre una puerta detrás del cutre-trono, de allí sale un tipo emperifollado, vestido de rojo con una capa roja gruesa con el interior de blanco que le llega hasta el cuello, un traje entre rojo y blanco con muchos collares de oro y con joyas, y las manos llenas de anillos de oro, el pelo engrasado hacia atrás, algo largo y un bigote acabado en tirabuzones con un mechón en la barbilla acabado en punta. Ideal para pasar desapercibido, vamos. Nos mira juzgándonos como si mirara un cerdo a ver si está lo suficientemente gordo como para comprarlo, da un suspiro y empieza a hablar:

—Bienvenidos a mis dominios mercenarios. —Dice levantando la mano derecha como si saludara a la plebe desde un carronato—Se os a elegido a ambos por vuestra pericia y por vuestro silencio, ya que han sido recomendados por ello. En este encargo les exijo discreción, nadie debe saber qué han hecho aquí ni quién les ha contratado. ¿Ha quedado claro? —Dice con cara de mala leche.

—Sí, señor. Todo lo que acontezca aquí será estrictamente confidencial. —Dice mi nuevo compañero inclinándose a modo de reverencia.

—Somos profesionales, noble cliente. No hablaremos de nada que nuestro patrón no quiera que se hable. —Digo e imito el gesto de mi compañero.

Él parece satisfecho y asiente.

—Bien, el tiempo corre en mi contra, así que ya discutiremos los asuntos monetarios una vez hayáis acabado vuestro trabajo. —Dice y hace un gesto al señor Mosca para que se acerque.

—Ahora si me permiten. —Nos dice el señor Mosca indicándonos con la mano que le acompañemos.

No parece que haya mucho más de lo que hablar, no con ese ricachón, así que vamos sin decir nada. Una vez salimos de la sala el señor Mosca empieza a decirnos por fin que narices quieren que hagamos.

## Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

---

—Mucho me temo que unas terribles bestias han infestado la ciudad interior, no paran de reproducirse y el invierno está casi a nuestras puertas, necesitamos con urgencia que sean eliminados cuanto antes. —Nos dice mientras se frota las manos.

—¿Ciudad interior? ¿Qué es eso?

—A estas alturas y tan al norte, el clima aquí es muy frío y duro, los meses del invierno hacen que sea inhabitable vivir al aire libre. Por eso tenemos construido dentro de la montaña una ciudadela para vivir las semanas más duras del año y el resto del año vivimos aquí fuera. —Nos explica el señor Mosca.

¿Una ciudad entera dentro de la montaña? ¿Es eso normal tan al norte? ¿En Rostaña hacen lo mismo? Ellos también están metidos en la Cicatriz a buena altura.

—¿De qué clase de bestias hablamos? —Pregunta mi compañero.

—No lo sabemos. —Responde el hombrecillo.

—¿Cómo que no lo sabéis?

—Mucho me temo que nadie que los haya visto ha sobrevivido como para dar una descripción. A lo sumo se han visto sombras, nada más.

—¿Quién eres? ¿Y cuál es el nombre de nuestro cliente? —Pregunta mi compañero.

—Mi Señor quiere mantener en secreto esos detalles, esperamos que lo comprendan.

—¿Este castillo es siquiera suyo? —Pregunto yo.

Eso parece pillarlo un poco por sorpresa.

—Lo siento, pero no me está permitido hablar más que de su misión aquí, mis señores.

No vamos a sacar mucha información de este tipo, por lo visto. Aunque aquí veo cosas que no me cuadran por todos lados.

—¿Somos los primeros en recibir este encargo? —Pregunta mi compañero.

—No, son los terceros.

Eso ya me pilla un poco más de sorpresa.

—No me está permitido hablar de nombres ni gremios, pero eran profesionales que no cumplieron con el trabajo.

Vale, esto ya me está dando muy mala espina.

Seguimos en silencio hasta el final de un ancho pasillo, hasta una enorme puerta negra, con bordes plateados. Unos tipos con armaduras enormes están a los lados, pegados a una rueda como las que usan para abrir las puertas de una ciudad, más pequeñas, naturalmente, puede que sean más simbólicas que otra cosa, porque las puertas parecen pesadas, pero dos hombres fornidos podrían abrirlas echándole ganas. Pero bueno, las abren, y vemos salir de allí una extraña luz azul tenue, el señor Mosca nos indica con los brazos extendidos y él inclinado que entremos, no parece que haya nada más que debemos saber, al menos que ellos sepan, así que entramos a la vez. La vista al entrar es siniestramente bella, es un pasillo como el que acabamos de abandonar, pero sin antorchas, la luz sale de esa cosa que parece musgo azul que hay por casi todo el techo, no es para nada una luz cegadora, pero más que suficiente para que no choquemos entre nosotros y con la pared, así que me vale, al menos hasta que empiecen a salir bichos raros.

—Se me olvidó comentarles un detalle, mis señores. —Dice el hombrecillo mientras se van cerrando las puertas—Tienen de plazo dos días, si no han acabado con toda la plaga en ese tiempo enviaremos a los siguientes, y naturalmente, no cobrarán. —Dice el hombrecillo riéndose entre dientes.